

Carsten
Henn

EL PANADERO
QUE HORNEABA
HISTORIAS

Traducción de:

ELENA ABÓS ÁLVAREZ-BUIZA



MAEVA

Para todos lo que comienzan de nuevo

«Si sabes hacer un buen pan, es que has entendido qué
ingredientes necesitas para vivir una vida feliz.»

GIACOMO BOTURA, panadero

1

La corteza

«¿CUÁNTO TIEMPO SE puede seguir bailando cuando la música ha dejado de sonar?»

Esa era la pregunta que atormentaba a alguien que estaba sentado en el patio de butacas del auditorio de la ciudad. La sala de conciertos era como un joyero adornado con dorados y florituras, estucados y cenefas. Todo parecía indicar que el tiempo no contaba en aquel lugar, que el año, mes y día en el que se encontraban carecían de importancia.

Pero el tiempo seguía transcurriendo, y eso era parte del problema.

Sofie Eichner ocupaba el asiento treinta y cuatro, en la fila cinco. Pese a tratarse de una cómoda butaca, tenía la sensación de estar cayendo al vacío. Como una escena de película en la que alguien se desploma de espaldas y se hunde en una cama mullida, siempre a cámara lenta. Así se sentía ella en ese instante: desmoronándose poco a poco, a cámara lenta.

Hacía más de tres meses que la música había dejado de sonar para ella. Una lesión había arrancado de cuajo la aguja del disco de vinilo de su carrera. El director artístico aprovechó la ocasión para deshacerse de ella. Hacía tiempo que le había echado el ojo a su sucesora, una estrella emergente con

la que había contado como bailarina invitada siempre que había podido. Y que, casualmente, era el tipo de mujer que le gustaba. Irina Nijinsky. Incluso el nombre tenía ritmo de baile: dos pasos decididos con la espalda erguida seguidos de un suave avance con un *pas chassé*, y al final un instante de mudo asombro. La nueva *prima ballerina* parecía estar hecha solo de aire, a juzgar por cómo flotaba sobre el escenario.

«Tal vez Irina fue una hoja en alguna vida anterior», pensó Sofie. Una inocente hoja de arce que en otoño se tornaba amarilla y después roja, sin cargar con ningún tipo de culpa. Y como recompensa a esa vida etérea, ahora estaba aquí. Le había tocado el premio gordo en la lotería del karma.

Después de la lesión de Sofie, Irina no insistió lo más mínimo en que le concedieran una segunda oportunidad.

Al contrario.

Cruzó sin dudarle aquella puerta que se le abría.

Por eso Irina estaba en el escenario, mientras ella y su marido Florian ocupaban los mejores asientos de la sala —¡el lugar de honor!—, obligados a escuchar cómo aquella música maravillosa sonaba para otra. Desde su butaca podía admirar todo lo que ocurría sobre el escenario, el sonido procedente del foso de la orquesta le llegaba nítido y poderoso. Era insoportable.

Para colmo, en lo que parecía una burla cruel, la compañía interpretaba *La bella durmiente*, el famoso *ballet* de Chaikovski. Su obra. No había otra que hubiera bailado tanto, ningún otro papel por el que hubiera recibido tantos elogios. Encarnaba a la perfección aquel personaje, según había dicho la prensa.

Irina inició un *grand jeté*, el difícil salto en el que las piernas forman una línea horizontal en el aire. La bailarina se eleva con un pie y aterriza suavemente sobre el otro. El *grand jeté*

era la especialidad de Sofie. Nadie elevaba las piernas de forma más elegante, enérgica y exacta que ella, nadie se sostenía en el aire más tiempo. En el vestíbulo del auditorio todavía se la veía ejecutando ese salto, retratada en el aire en una gran foto de dos metros por tres.

El público contuvo la respiración.

Sofie sintió que era incapaz de respirar, el aire se bloqueaba en su interior. Los pulmones se le endurecieron como si fueran de piedra.

Se puso de pie.

Todas las miradas se clavaron en ella como atraídas por un imán. Se volvió hacia la izquierda y fue avanzando de lado entre las rodillas de los espectadores y el respaldo de la fila de delante. Allí estaban sentados la señora Malewski, el señor Stromer y su esposa Adelheid, la señora Schneiderling y el señor Barberi. Los que mandaban en el patronato. Ocupaban esos asientos desde siempre y no renunciarían a ellos ni bajo amenaza de muerte, hasta que llegara el día en que los legaran pacíficamente a sus descendientes.

Dos de ellos, contrariados, giraron las rodillas hacia un lado —Adelheid Stromer y la señora Schneiderling—, otros dos se inclinaron hacia adelante, para dificultarle el paso como protesta por la molestia —el señor Stromer y la señora Malewski—. El señor Barbieri no se movió lo más mínimo, como si Sofie no estuviera pasando, se negó a ser importunado y continuó con la vista al frente mirando a través de ella, con la esperanza de que el resto del público lo admirase por su comportamiento estoico.

Sofie ofreció una sonrisa a modo de disculpa. No tenía fuerzas para ello, pero cualquier bailarina profesional sabe sonreír incluso cuando el cuerpo grita de dolor. Sonreír no es más que contraer algunos músculos. No es un sentimiento.

Repitió una y otra vez «perdón» hasta que se convirtió en un mantra dirigido no al resto de espectadores, sino a sí misma. «Perdón, Sofie, por haberte decepcionado.» También se disculpaba con todos los que estaban sobre el escenario. Sabía lo horrible que es para los bailarines que un espectador se levante en plena función. Además de perturbar su concentración, provoca la pregunta involuntaria de qué habrán hecho mal. Si eso ocurría en un estreno, como ese día, había que añadir el temor a que la coreografía no fuera buena y otras personas abandonaran la sala.

Sofie se puso más nerviosa aún, notaba las numerosas miradas como agujas clavadas en la piel, los movimientos de cabeza, ceños fruncidos, chasquidos. Seguía sin poder respirar, los pulmones le ardían.

Ya no sonreía. Bajó la cabeza para evitar encontrarse con aquellas miradas. Su melena, que cuando era niña había sido de un rubio pajizo y ahora era de color castaño, le ocultaba la cara como un telón. Solo veía los pies y las rodillas de los espectadores de su fila. La pesada puerta de dos hojas que se abría hacia el vestíbulo parecía estar lejísimos. Se tambaleó. Casi deseó caerse.

Quería llegar a la salida lo más rápido posible. Pero sin correr. Tan deprisa como se lo permitiera su ajustado vestido de noche, largo y dorado.

Un destello. Y otro. Le estaban haciendo fotos. Varios *flashes* más. Una vez traspasada la barrera de la decencia, ya nada tenía importancia. De nuevo destellos, cada vez más cercanos.

Y después un estruendo. El público se quedó sin aliento.

Sofie se volvió y vio a Irina en el suelo. Debía de haberse caído, aunque la joven no se caía nunca.

Apretó los labios con tanta fuerza que se le entumecieron.

Y después salió por la puerta. Abandonó la oscuridad de la sala hacia el resplandor del vestíbulo casi desierto y bajó los párpados sin dejar de avanzar a través de las baldosas encerasdas hacia la plaza Münsterplatz, con los adoquines resbaladizos por la llovizna, como si los acabaran de embadurnar con jabón.

Solo cuando se encontró sobre aquel pavimento irregular pudo volver a respirar.

Miró hacia atrás.

Florian no la había seguido.

Bastó con un instante para tomar la decisión. Marcharse. A casa. La sensación de alivio aumentaba a medida que se alejaba del auditorio. Le sentó bien el ambiente de la ciudad. Gente que no bailaba, sino que se apresuraba bajo la lluvia en aquella tarde fresca de abril. Muchos caminaban encorvados, como si así les fueran a caer menos gotas, a pesar de que aquella postura los exponía aún más al chaparrón.

La lluvia fría desprendió el manto de calor del teatro de los hombros desnudos de Sofie. La tela delicada del vestido de fiesta se empapó enseguida, su drapeado perfecto perdió toda su elegancia.

Avanzaba con la vista fija en los relucientes adoquines para no tropezar. Cada uno era distinto, pero encajaban a la perfección para formar un conjunto coherente. Ninguno se preguntaba si aquel era su lugar correcto en el mundo.

Iba tan concentrada observando los adoquines que, al llegar al extremo situado al oeste de la plaza, se chocó con un hombre mayor.

—¡Lo siento! Disculpe usted mi falta de atención, por favor. ¿Se ha hecho daño? —le preguntó al señor, tendido en el suelo, mientras le ofrecía la mano.

—A los libros no les ha pasado nada —respondió este después de examinar su mochila con evidente alivio. El hombre

vestía un pantalón de peto verde oliva, del mismo color que una chaqueta que le quedaba demasiado grande, y un gorro de pescador.

—Me refiero a usted, ¿se encuentra bien? —quiso saber Sofie.

—A mi edad el problema no es caerse, sino levantarse —dijo con un brillo burlón en la mirada.

Lo ayudó a incorporarse y le limpió el traje con la mano.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Andaba perdida en mis pensamientos.

—Me he dado cuenta. Se la veía tan absorta como si estuviera leyendo un libro.

Ella negó con la cabeza.

—Estaba concentrada en los adoquines. —Sofie titubeó—. La verdad es que pensaba en mi vida.

—A veces siento bien pensar en la vida como si fuera un libro, y preguntarse cómo continuar la historia. Eso ayuda a darse cuenta de que la persona que sostiene la pluma es uno mismo. —Eché un vistazo a su reloj—. Tengo que continuar, me está esperando mi primer cliente, y no le gusta nada esperar.

Se colocó la mochila y el sombrero meticulosamente.

—De nuevo, mil disculpas —dijo Sofie—. Esto no es propio de mí.

—No se preocupe. Iré un poco más rápido y el mundo volverá a su sitio. —La miró y le dedicó una sonrisa—. Parece usted una mujer muy amable. Por eso le deseo de corazón que tenga mucha suerte en su vida.

Y con una inclinación de cabeza a modo de despedida, dio media vuelta y se marchó a buen paso en dirección a la catedral.

Sofie miró a su alrededor para orientarse y se fijó en una niña pequeña, con el pelo oscuro y rizado, asomada a la

ventana. La niña seguía con la vista al señor mayor, que en aquel momento doblaba la esquina. Aquella pequeña tenía toda su vida ante sí.

Sin embargo, la pequeña bailarina que Sofie llevaba dentro no veía en su horizonte nada que mereciera la pena.

EL TRANVÍA 18 se dirigía hacia las afueras de la ciudad. A lo largo del trayecto, los edificios se iban volviendo cada vez más escasos y los campos de cereales, patatas y flores dominaban el paisaje. El temperamental abril detuvo entonces la lluvia y permitió que un sol color yema ocupara el atardecer. Bajo su cálida luz, el panorama parecía un oasis de paz, algo que no cuadraba con los sentimientos de Sofie. Las vías trazaron una curva y la ciudad volvió a aparecer en la distancia, su silueta recortada contra el cielo de la tarde. En el centro, como una perla oscura dentro de su concha, se encontraba el auditorio.

Sofie apartó la vista y se pellizcó el vestido empapado y frío para separarlo de la piel. Después apretó el bolso de mano contra el cuerpo, a modo de escudo.

Cuando el tranvía se detuvo en la estación, bajó al andén. Era la única pasajera solitaria bajo la luz neón de una única farola. En ese momento, supo de forma definitiva que nunca volvería a bailar.

Se vio reflejada en los cristales de los vagones que se marchaban. Los ojos, un poco demasiado separados; los pómulos, faltos de definición. No era una belleza clásica, nunca lo había sido. De niña, su cuerpo había sido desgarbado y poco elegante. A veces le parecía que el cuello era demasiado corto, otras que los brazos eran demasiado largos; en ocasiones, que su trasero era demasiado ancho y la nariz demasiado afilada.

Pero, al llegar a la edad adulta, cuando el cuerpo terminó de estirarse y expandirse, resultó que sus medidas estaban predestinadas para la danza. Y al bailar se había sentido hermosa por primera vez, había encontrado su lugar en el mundo. Bailando era ella misma.

El tranvía desapareció en la oscuridad y Sofie se quedó parada frente al pueblo silencioso. Era una de esas poblaciones que parecían haberse fundado al azar. No había río ni colina ni valle fértil. Aquel pedazo de tierra era igual que todos los de alrededor. Se podría haber trasladado el pueblo a diez o veinte kilómetros en cualquier dirección sin que eso hubiera supuesto ninguna diferencia.

Era conocido como «el pueblo de los pensamientos», porque en los viveros de la zona se cultivaban desde hacía años las flores para los cementerios de la ciudad. Había tres grandes empresas dedicadas a ello, cada una con su floristería. Entre ellas, sin embargo, existía una relación bastante espinosa.

Sus habitantes estaban orgullosos de sus orígenes romanos, que atestiguan los restos de un muro situados en el único cruce con semáforo de la localidad, bajo la protección de un tejadillo y una valla. Un director de escuela jubilado llevaba años intentando demostrar que eran los restos de la villa de un rico comerciante romano, si bien todo hacía suponer que, en realidad, habían formado parte de un establo.

Sofie pasó por delante de la torre de la iglesia, la construcción más alta del pueblo. Allí anidaban lechuzas. A los niños del jardín de infancia les gustaba pintar su cara en forma de corazón con los ojillos negros. No había escuela primaria, la más cercana estaba en el pueblo de al lado.

Los escasos comercios, aparte de las floristerías, se encontraban en la calle principal. Sofie caminó a oscuras por delante

de los escaparates. Primero por la panadería Johannes Pape e hijo, después por la tiendita donde el granjero Nittles vendía sus propios productos. En el local de la carnicería, que llevaba muchos años vacío, se había instalado hacía poco un restaurante parrilla llamado Brasas & Cenizas. El propietario solía plantarse en la puerta a fumar, mirando calle arriba y abajo, como si así fueran a acudir los clientes. La sucursal del banco y la peluquería habían cerrado; en el local del primero había un cajero automático y una impresora de extractos de cuenta, y para cortarse el pelo había que ir al siguiente pueblo, a la peluquería Un buen corte. Al final de la calle estaba la granja de Mattes, un hombretón de mejillas coloradas. Tenía aspecto de bebé gigantesco y solía chillar igual que uno furioso. El granjero criaba gallinas y gansos, y tenía dos colmenas. A las afueras había un supermercado, sobre cuyos escaparates y aparcamiento gratuito brillaban grandes letras de neón.

El único bar del pueblo era El buey, con pista de bolos, justo al lado de la parada de autobús. Cuando Sofie pasó por delante, la puerta se abrió y expulsó a la calle a un borracho, al tiempo que una música machacona se escapaba del local.

Sofie notó que sus piernas seguían el ritmo y su paso se adaptaba al compás simplón sin poder evitarlo. Se tapó las orejas con fuerza hasta hacerse daño mientras pasaba por delante del cementerio con su pequeña capilla, y solo bajó las manos al doblar la esquina en la calle Beller, donde se encontraba, iluminado por una farola, el edificio en cuyo segundo piso vivía.

Después de abrir la puerta, se dirigió al salón sin quitarse los zapatos, se arrodilló delante de la cómoda y abrió el cajón inferior, del que sacó una cajita atada con un lazo rosa. La abrió con delicadeza y, al contemplar sus primeras zapatillas de *ballet*, le sorprendió que sus pies hubieran sido alguna vez

tan pequeños. Las suelas estaban desgastadas y en la puntera izquierda se distinguían todavía unas gotas de sangre del día que se había excedido con los ejercicios de punta.

Las sacó y las abrazó contra el pecho. ¿Por qué las cosas hermosas y buenas de la vida no podían permanecer para siempre? ¿Por qué debía seguir girando el mundo cuando ya estaba en el lugar adecuado? Ella había alcanzado su sueño infantil. Pero ¿dónde estaban los sueños para los adultos? Sofie se desmoronó y permitió que brotaran las lágrimas durante todo el rato que fue necesario.

Y fue un rato muy muy largo.

TRAS LA SALIDA de su mujer, Florian aguantó sentado en su sitio. Desde la butaca treinta y cinco de la quinta fila contemplaba el escenario sin pestañear, como si estuviera cautivado por lo que sucedía sobre él. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, sin disculparse por el comportamiento de su esposa. Todo era normal, no había de qué preocuparse.

También resistió durante la pausa, la larguísima pausa, en la que intentó sin éxito hablar con Sofie por teléfono, y tuvo que responder a la misma pregunta una y otra vez. Él también era muy conocido porque llevaba muchos años escenificando sus coreografías en el auditorio de la ciudad.

Un ataque brutal de migraña. Esa había sido su versión. Primero pensó en una bajada de tensión, pero entonces Sofie no se habría marchado con tanta rapidez. ¿Náuseas? Habría regresado en cuanto se le hubieran pasado. Se le ocurrió lo de la migraña en el descanso, para salir del paso frente a la primera persona que le preguntó, y luego tuvo que aferrarse a aquella historia, aunque Sofie no hubiera tenido ningún ataque de migraña en su vida.

Ella no le había dicho nada, simplemente se había puesto de pie y se había marchado. Típico, él debía saber siempre qué le pasaba. Sin embargo, se sentía como un pescador que, después de muchos años, seguía sin saber qué ocurría en el mar. De vez en cuando le sonreía la fortuna y pescaba un par de peces plateados. Pero en los últimos tiempos apenas tenía suerte. Ninguna, para ser sinceros.

Durante la segunda parte se sintió aún peor por culpa del espacio que había dejado Sofie. Su asiento no solo estaba vacío, sino abandonado.

Al caer el telón, Florian se sintió obligado a acudir tras las bambalinas para felicitar a la compañía y consolar a la llorosa Irina. La abrazó y ella se apretó contra él, mientras él le acariciaba los finos cabellos.

—A Sofie le hubiera encantado quedarse hasta el final —dijo—. Tenía tantas ganas de brindar con vosotros.

Mentira.

Florian ya contaba con algo así. Desde el fin de su carrera, Sofie parecía una goma elástica con un extremo aún atado al *ballet*, mientras el otro tiraba y se alejaba cada vez más en busca de una nueva vida. Hacía mucho que aguantaba la tensión, era cuestión de tiempo que acabara por romperse.

Pero la supuesta migraña de Sofie lo obligó a abandonar la fiesta a toda prisa, aunque le hubiera gustado continuar hasta la madrugada. Había mucho que celebrar: la coreografía había sido muy innovadora, la compañía, a excepción del percance, había mostrado una forma impresionante, incluso la orquesta había tenido una buena noche, lo que no siempre sucedía. Sobre todo, porque las violas eran conocidas por empinar el codo. Aquel era su mundo, al que todavía pertenecía. La música todavía sonaba para él.

Como el próximo tranvía no llegaría hasta media hora más tarde, llamó a un taxi. El conductor se pasó todo el trayecto hablando sobre el escándalo en el estreno del *ballet*: la antigua *prima ballerina* había abandonado la sala llorando y al salir había golpeado las rodillas de los espectadores de su fila. Las malas noticias viajaban rápido y, al parecer, iban adquiriendo detalles por el camino. Florian se controló y esperó a haber pagado para reaccionar a aquellas sandeces. Y lo hizo a todo volumen:

—¡Si hubiera visto tan solo una vez lo maravillosamente que bailaba mi mujer, cerraría esa odiosa boca! ¡Tenía migraña! ¡Dígaselo a sus colegas y a sus viajeros!

Y cerró la puerta con un fuerte golpe.

Luego miró a la casa en la que esperaba encontrar a Sofie. Habían construido aquel edificio de tres pisos de color crema hacía unos años. Con sus ángulos afilados y el tejado de zinc, parecía un ovni que hubiera aterrizado allí por error. En la planta baja vivían Stephan Mettler, un otorrino con consulta en la ciudad, y su mujer, Sabine. La pareja, de cincuenta y tantos años, había cumplido el sueño del médico: tener un jardín como homenaje a la tierra italiana que nunca habían podido visitar por el miedo que ella sentía a volar. En el primer piso vivía Marie Denka, directora del jardín de infancia Los siete enanitos. Siempre tenía una sonrisa en los labios, incluso cuando salía a bajar la basura. Florian se preguntaba cuál sería su secreto. Ojalá se lo confiara a Sofie. Cuanto antes, mejor.

Conocía a Marie desde la época del colegio. Después perdieron el contacto, pero hacía unos seis meses, cuando Florian y Sofie estaban buscando piso, Marie se enteró por algún conocido común y los ayudó a encontrar su nueva morada.

En el piso superior las persianas estaban levantadas, pero todo permanecía a oscuras. ¿Y si Sofie no había ido a casa? ¿Le habría pasado algo?

¡Era un completo idiota! ¿Cómo había sido capaz de quedarse sentado en el auditorio?

Abrió la puerta del portal y subió corriendo las escaleras. Al entrar en el piso, sin aliento, pulsó a toda prisa el interruptor y llamó a Sofie.

Entonces vio sus zapatos de tacón delante del guardarropa.

Pero eso no fue lo único que vio.

Todas las paredes estaban desnudas.

Donde antes colgaban diversos retratos, ahora solo había cuadrados dibujados por finas líneas de polvo que lo miraban como ojos vacíos. Las fotos enmarcadas de Sofie que la mostraban girando, saltando, moldeando el cuerpo al compás de la música, habían desaparecido. También las de las coreografías de Florian, escenas mágicas compuestas por los cuerpos de los bailarines que irradiaban tanta fuerza que ningún pintor habría podido superarlas. Eran momentos congelados, casi todos en blanco y negro. También algunos dibujos que el mismo Florian había plasmado en papel, ya que siempre pensaba en imágenes en el momento en que se disponía a crear una coreografía. Al contemplar sus bocetos se podía incluso escuchar la música. Cualquiera que pasara junto a aquellas imágenes no podía evitar enderezar la postura y caminar con más atención, como si anduviera en equilibrio sobre una barra estrecha. El paseo entre las habitaciones se convertía en una especie de danza.

Pero ahora no había danza por ningún lado.

Florian encontró los cuadros en el salón, amontonados y cubiertos con sábanas, junto a su amada colección de discos

reunidos durante dos décadas, su diario musical. Los acompañaba la pequeña radio de la cocina con la antena extensible, el primer objeto que habían comprado para su primera vivienda en común.

En el sofá de cuero negro descubrió a Sofie, encogida como un embrión, aún con el resplandeciente vestido de gala. Se había bajado la cremallera de la espalda y la tela se le había deslizado por los brazos.

Fue a buscar un edredón al dormitorio, la tapó con él con delicadeza y le acarició los hombros con un gesto tranquilizador. Era una época muy difícil para ella. El destino le había deparado una nueva vida sin que ella la hubiera pedido. Y no había ninguna opción de recuperar la anterior. El destino no admitía devoluciones.

Por desgracia, en el sofá no había sitio suficiente para abrazarla. Aunque él necesitara su cercanía tanto como ella la de él. Al menos, eso esperaba.

Sofie se giró y le dio la espalda.

Florian se sentó en el sillón de enfrente.

A UNOS TRESCIENTOS metros de distancia, Giacomo Botura se giró en sueños sobre su colchón desvencijado. Aunque era el panadero del pueblo, no soñaba con panecillos y harina, miga y masa, sino con la tierra de su infancia: Calabria. Como en todos los sueños, aquel también tenía un velo de irrealidad, y los recuerdos de las colinas y la costa parecían estar tejidos de aire. Solía soñar con Calabria cuando la familia Nittels colocaba junto a la entrada de su tienda un cesto de fragrantes naranjas para atraer a la clientela. Las naranjas le recordaban a los frutos de la bergamota que solía recolectar con su tía Rosarina.

Aquella noche, Giacomo soñó que recorría el sendero pedregoso y polvoriento hacia el huerto, situado en una alta ladera sobre el mar. Cargado con botellas de agua y comida para el almuerzo, por fin llegaba a la sombra de los viejos árboles con la piel brillante por el sudor. Soñó que cogía los frutos ácidos y un poco amargos mientras una suave brisa soplaba entre las ramas y le contaba historias del océano vecino. En sus sueños, en Calabria siempre era verano, pero nunca hacía demasiado calor, ni había mosquitos ni el sol le quemaba la piel. Tampoco le reñía nadie por distraerse durante la recolección: todos sonreían mientras trabajaban, aunque era una labor muy dura.

Después de esos sueños siempre se despertaba muy descansado.

Como ese día, cuando, al despertar, fue capaz de percibir por un maravilloso instante el aroma de la bergamota. Cuando se dirigió a su pequeño cuarto de baño para asearse y deslizó pensativo su jabón de bergamota de color naranja entre los dedos disfrutando de su forma redondeada, el jabón le recordó a sus sueños de Calabria: siempre fresco, sin mácula, una ilusión perfecta.

A continuación, se concentró en el cabello. Lo moldeó con un peine para formar unas ondas paralelas que peinó hacia atrás. Siempre había admirado aquel peinado de su padre. Por desgracia, no había mucho más que admirar en su progenitor. Nunca habían podido reconciliarse.

En el camino hacia la puerta no encendió las luces, la penumbra era apropiada para los viejos muebles, que parecían tan cansados que preferirían despertarse poco a poco. Ya estaban en la vivienda cuando él se había mudado allí, y Giacomo no era de los que tiran muebles solo porque no le gustan o descuelgan un cuadro solo porque el ciervo pintado con

tanto esmero se encuentra delante de un lago alpino de un azul demasiado chillón. Sentía mucho respeto por la artesanía y el arte. Con el tiempo, había añadido un par de fotos de su antigua patria. Una de su equipo de fútbol, que salió en el periódico cuando volvió a ganar la liga después de cuarenta años, y otra que acariciaba todas las mañanas con dulzura y a la que saludaba con unas palabras igual de dulces.

Al armario habían llegado un par de libros cubiertos de una pátina que denotaba la lectura frecuente. Aparte de eso, solo había sustituido las cosas que se habían estropeado. La pantalla rasgada de la lámpara de la pequeña cocina, las cortinas amarillentas del salón y el lavabo agrietado del baño. Había sustituido todo aquello sin muchos gastos. Giacomo había remendado el piso como se remienda un pantalón viejo y agujereado: con lo primero que se encuentra a mano. Tampoco le gustaba malgastar el dinero. De su escaso sueldo, enviaba la mayor parte a Calabria.

La panadería ocupaba la planta baja situada debajo su vivienda, pero, para acceder a ella, Giacomo tenía que dar la vuelta al edificio, una pequeña ronda de unos diez metros. Le gustaba ese corto camino que separaba su casa del trabajo, aunque a menudo le tocara atravesar la lluvia, la nieve o una tormenta. Tal vez incluso aquello fuera lo que realmente le gustaba. Si se pudiera llegar a través de la escalera interior, nunca sabría qué tiempo hacía fuera. Y debía saberlo para que el pan le saliera bien, ya que la masa siempre sabía qué tiempo hacía y, en función de eso, se comportaba de una forma u otra.

El camino de guijarros hasta el obrador estaba flanqueado por algunas plantas de su tierra: regaliz, cincoenrama y tres tipos de guindillas. También había, por supuesto, un olivo e incluso un arbolito de clementinas para el que había construido un pequeño invernadero. Casi todas las plantas se las

había enviado su *nonna* desde Calabria, para que no la olvidase. Algo que, de todas formas, nunca habría ocurrido. Pasear entre ellas era como sentir el beso de su *nonna* en la frente, o una caricia suya en la mejilla.

Al pasar a su lado, sintió un poco de envidia. La tierra en la que hundían las raíces era su único hogar. En cambio, él todavía se sentía un poco dividido entre sus dos hogares. Había pasado más de la mitad de sus cincuenta y tres años en Alemania y hacía mucho tiempo que lo sentía como su hogar. No su segundo hogar, sino el otro hogar. Además de Italia.

Aquellos escasos metros no contaban con iluminación. La luz de la luna y las estrellas debían bastar.

Por eso fue tan grande el contraste con la claridad que lo recibió cuando a las cuatro de la mañana, como siempre, abrió la puerta trasera del pequeño obrador, pulsó el interruptor y los tres tubos de neón se despertaron parpadeando. Allí estaba su familia: dos máquinas amasadoras, los sacos de harina, la gran mesa de trabajo en el centro, las cestas de fermentación, la ropa de panadero, los pinceles y, por supuesto, el horno de leña con ladrillos de arcilla refractaria. Ya nadie era capaz de construir un horno semejante y muy pocos panaderos querrían utilizarlo siquiera. El viejo horno daba mucho trabajo y siempre tenía algo de impredecible.

—Buenos días, Viejo Dragón —lo saludó mientras acariciaba los dos ventanucos estrechos por los que más tarde podría ver cómo se horneaban sus productos—. ¿Listo para una bonita hoguera?

Giacomo les dio los buenos días también a las tres pequeñas fotos en blanco y negro que colgaban enmarcadas en la pared y les limpió la capa de harina con un trapo. Luego se frotó las manos para calentárselas, porque a la masa no le gusta nada el frío. La masa quiere que la mimen y cuiden de ella.

Sintió una punzada en el corazón al colocarse frente a la mesa y espolvorearla con harina. Los costes de mantenimiento y los ingredientes habían subido muchísimo, pero los clientes no estaban dispuestos a pagar más. Incluso una mínima subida en el precio de los panecillos había provocado numerosas quejas. Solo podría seguir con el negocio si aumentaban la producción y era capaz de servir también al jardín de infancia o al club de fútbol. La demanda estaba ahí, pero la pequeña panadería tendría que ser un poco menos pequeña y hacerse más fuerte para sobrevivir en ese mundo.

Necesitaría un empleado más en el obrador. Hasta el momento su oferta de empleo había recibido muy pocas respuestas, y ningún candidato había aguantado más de un día. Si en seis semanas no encontraba a nadie, agotaría sus últimas reservas. Al parecer, ya nadie quería ser panadero, ¡y eso que era la profesión más hermosa del mundo! ¿Qué mayor felicidad podía haber que sacar una hogaza dorada y humeante del Viejo Dragón y partir un pedazo para llevárselo inmediatamente a la boca?

Se puso manos a la obra. Mientras pudiera, disfrutaría cada día sin decirle al Viejo Dragón que pronto su fuego podría apagarse para siempre.

HABÍA SIDO UNA noche corta.

Sofie contemplaba en el espejo del cuarto de baño el reflejo de una mujer que le resultaba desconocida. El reluciente vestido de noche se encontraba a sus pies, como la vieja piel de una serpiente después de su muda. A su lado, la ropa interior. Estaba completamente desnuda.

Aquel ya no era su cuerpo.

El suyo había sido como la cuerda tensa de un arco, siempre lista para disparar. Pero aquel cuerpo hacía semanas que no anhelaba otra cosa que tumbarse en el sofá a ver la tele, daba igual qué programa.

Cuando se levantó, Florian no estaba en casa. Pero en ese instante se abrió la puerta del cuarto de baño y su marido apareció detrás de ella. Le colocó las manos en las caderas y las deslizó sobre su vientre desnudo, como había hecho cientos de veces. Después apoyó una mejilla contra su oreja y le dio un beso en el cuello tan leve como el aleteo de las pestañas, un beso tierno que tantas veces la había hecho estremecerse de placer.

En realidad, le encantaba aquel ritual. Y sabía que su marido la acariciaba así porque a ella le gustaba. Él también disfrutaba, por supuesto, no era un gesto del todo altruista, pero estaba bien así. Disfrutaba sabiendo que él la deseaba.

Sin embargo, las cosas habían cambiado. Ahora daba igual dónde la acariciara: siempre era el lugar equivocado. Todo su cuerpo era un lugar equivocado en el que solo había espacio para el error. Intentó ignorar sus nuevas curvas, pero cada una de sus caricias no hacía otra cosa que recordárselas.

—Buenos días, cariño —susurró su marido mientras le daba un beso en el cuello, ya sin disimular su deseo.

Aquel no era su cuerpo. Y, si él lo deseaba, había algo que no cuadraba. No la amaba a ella, sino a aquella otra, aquella desconocida.

—Para —le dijo con brusquedad.

—Relájate. Vamos a olvidar lo de anoche.

Ella vio en el espejo los ojos castaño oscuro de su marido, que antes solían transmitirle seguridad y confianza. Entonces se dio media vuelta y lo apartó de un empujón.

—Ni siquiera sé si todavía me quieres —le dijo.

—¡Pues claro que te quiero!

—¿Y por qué no lo noto, entonces?

—¿Qué estoy haciendo ahora mismo?

—Se llaman preliminares, Florian. Y el sexo es algo distinto al amor.

Sofie cogió un albornoz para tapar su desnudez, que la hacía sentirse vulnerable. No quería que la vieran desnuda. Ni Florian, que como coreógrafo trabajaba a diario con cuerpos tan perfectos como el que ella había perdido, ni nadie. Sobre todo, ni ella misma.

—El sexo forma parte del amor. Y yo te demuestro de otras muchas formas que te quiero, constantemente. Pero tú no lo ves. —Salió del cuarto de baño y regresó con una bolsa de la compra—. Me he levantado temprano solo para preparar el desayuno, porque quería que te despertara el aroma del café. Pero al verte desnuda delante del espejo cambié de planes... —Sacó un ramo de flores de la bolsa—. Toma. He comprado peonías porque te encantan. —Las dejó en el lavabo y volvió a meter la mano en la bolsa—. El caro zumo de naranja con pulpa, y este jabón también. Porque incluso en el supermercado pienso en ti y en cómo puedo hacer tu vida un poco más agradable.

—¿Con una pastilla de jabón de aloe vera? —Sofie se apretó el albornoz.

—Sí, también con una pastilla de jabón de aloe vera. Que dice: Florian te quiere de una forma... jabonosa. —Le sonrió. Pero ella no le devolvió la sonrisa.

—Con eso no basta. El jabón no es suficiente para demostrar el amor. Hay que decírselo al otro. Y decirlo de verdad.

En lo más profundo de su alma, Sofie sabía que el problema era ella misma, porque había dejado de quererse. Y Florian, hiciera lo que hiciese, no podría compensar esa falta de cariño.

—Sofie, te quie...

—¡Ahora ya no cuenta! Cuando hay que pedirlo, es como si una misma tuviera que comprarse un ramo de flores en una máquina expendedora, en lugar de que se lo regalen.

Florian dejó caer la bolsa de la compra.

—¿Me vas a decir de una vez qué te pasa? ¿Y a explicarme lo de ayer? Les he contado a todos que tenías migraña.

—No quiero hablar de eso. —Intentó pasar por su lado para salir, pero Florian la sujetó por el hombro.

—Tenemos que hablar. Las cosas no se van a arreglar solas. Hace semanas que deberíamos haberlo hecho, pero pensé que sería mejor darte algo de tiempo. Sin embargo, anoche me quedó claro que esa estrategia fue un gran error.

Sofie miró la bolsa de la compra, cuyos contenidos se habían desparramado por el suelo del baño.

—No me gusta nada el pimiento amarillo.

—Lo he comprado para mí.

—Después de tanto hablar de tu sacrificio al ir al supermercado.

Sofie sabía que estaba siendo injusta, pero el mundo era injusto con ella y sentía la necesidad de serlo con alguien también. Le daba pena que fuese Florian, pero no tanta como para disculparse. Se liberó de la mano sobre su hombro y salió del baño.

Su marido fue detrás de ella.

—Entonces te voy a decir yo lo que te pasa. ¡Y no me lo vas a impedir!

Sofie estaba a punto de decir «¡Eso ya lo veremos!», porque necesitaba una buena bronca, de esas en las que pudiera gritarle alguien, pero en ese momento llamaron a la puerta.

Se miraron.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Sofie.

—No, ¿y tú?

Ella se acercó al telefonillo.

—¿Sí?

—Abre, rápido. Anouk tiene que ir al baño.

Sofie apretó el botón y unos segundos después subieron las escaleras su hermana Franziska y su hija de cinco años. El segundo nombre de Franziska era Sofie, y el de Sofie, Franziska. Sus padres habían querido subrayar así que sus hijas se parecían, aunque fueran personas independientes. No calcularon cuántas bromitas les había costado padecer en el colegio. Sin embargo, aquello había unido muchísimo a las dos hermanas.

—¡No tengo que ir al baño! —dijo Anouk resuelta, y se quedó parada en un escalón.

—¡Claro que sí! Te lo noto en la forma de andar. ¡Venga! Si no, esta noche no hay tele.

—¡Qué mala eres! ¡La mamá más mala del mundo!

—Ya lo sé. Es un trabajo horrible, pero alguien tiene que hacerlo.

Anouk pasó dando pisotones junto a Sofie y se dirigió al baño. Franziska abrazó a su hermana.

—Tenía que venir a verte por lo de ayer en el auditorio. Eres la comidilla de la ciudad. —Vio a Florian y le dio un abrazo a él también—. ¿Y tú te quedaste allí sentado? ¿Estáis bien? —Le dio un pellizco en el costado.

—Voy a trabajar un rato al ordenador —le dijo Florian a Sofie—. Luego hablamos.

Franziska frunció el ceño.

—¿He interrumpido algo?

Sofie descartó la idea con un gesto de la mano y respiró hondo.

—¿Té? A mí me iría bien una taza, desde luego.

Mientras ponían a hervir el agua, Anouk entró corriendo con una sonrisa orgullosa.

—¡Era así de grande! —exclamó, mostrando el tamaño con las manos. Si no exageraba, acababa de dejar en el váter algo digno de un pony. Luego giró sobre sí misma como una modelo—. ¿Notas algo, tía?

Sofie lanzó una mirada interrogante a Franziska, que se pasó una mano por los ojos cansados.

—La señorita ya no es la princesa hada Lily, es otra persona.

—Ah, ¿sí? ¿Quién?

—¡Adivina! —Anouk señaló la corona de plástico sobre sus cabellos rubios, con sus piedras preciosas falsas.

—¿Una reina?

—Nooo, nada de reinas, que son todas muy viejas.

Detrás de Sofie se oyó el borbotear del agua hirviendo.

—¿Blancanieves?

—¡Esa no existe de verdad!

La niña comenzaba a enfurruñarse. ¡Pero si era evidente! Le enseñó a su tía la muñeca Barbie que llevaba un calcetín blanco en la cintura, como una especie de fajín.

—¿Un hada?

—¿Y desde cuándo tienen hijos las hadas?

—Díselo ya —indicó Franziska a su hija—. La tía no lo va a adivinar.

—Soy María —anunció Anouk triunfal—. ¡Se ve a la primera!

—¿María?

—Sí.

—¿Qué María?

—Pues «la María».

—¿De algún libro?

Anouk agitó la Barbie delante de la cara de Sofie.

—La mamá de Jesús. ¡La virgen María!

—Mientras no tenga prisa con lo de la inmaculada concepción, yo no me opongo —dijo Franziska, que empezó a verter el agua caliente en las tazas con las bolsitas de té—. Ahora quiere que la llamemos María, así que más vale que lo hagas. A mí ya me tiene agotada. Es una testaruda impresionante.

—A quién habrá salido...

—Es de familia. Afecta a todos los miembros.

Franziska no conocía el motivo de la elección de Anouk, porque su hija no le había contado la pelea en el jardín de infancia que la había provocado. La maestra de Los siete enanitos, la señora Denka, había organizado para Semana Santa una obra de teatro sobre la pasión de Jesús con un formato adecuado para niños de esa edad (lo que probablemente no había sido nada fácil). A la «otra» Anouk —¡cómo es posible que, en su mismo jardín, en su pueblo, incluso en el mundo entero hubiera otra Anouk!— le había tocado hacer de María y ponerse un disfraz precioso con una larga túnica ondulante, mientras que a ella le correspondió el papel de oveja estúpida que no decía nada. ¡Qué injusticia! Por eso había decidido que ella iba a ser María todo el rato. Y no solo para una tontería de obra de teatro, sino para siempre. Mucho mejor. ¡Ja!

—Cuando sea mayor, quiero ser una María de verdad —le explicó a su tía entusiasmada—. Con un niño Jesús de verdad. Este es una Barbie, pero no se lo digas a nadie.

Sofie levantó la mano para jurar su silencio.

—¡Lo prometo!

—Ven, vamos a sentarnos allí, que es más cómodo para hablar que aquí de pie. —Franziska tomó a Sofie del brazo y la empujó hacia la mesa del comedor—. A ver, cuéntame, ¿qué pasó ayer?

—Tuve migrañas —dijo Sofie, mientras se sentaba en la silla de ratán.

—Venga ya, ¡si no has tenido una migraña en tu vida!

Anouk se metió debajo de la mesa.

—Esto es la cueva de María —anunció—. ¿Puedo usar los cojines del sillón para hacer las paredes, tía?

—Claro. No seré yo quien le niegue algo a la madre de Dios.

Franziska se aguantó la risa.

—Ahora dime la verdad. Y quiero escuchar algo creíble.

Sofie tamborileó con las uñas sobre la taza de té.

—No fui capaz de aguantar el hecho de estar entre el público, en lugar de bailando sobre el escenario. Así de fácil.

—¿No podrías haber esperado hasta el des...

—Lo intenté, de verdad que lo intenté. Pero fue imposible. Tengo que desayunar algo, ¿tú también? ¿Manzana, plátano?

Franziska negó con la cabeza.

—He tenido que terminarme los cereales de Anouk, con chocolate y esponjitas.

—¡No me llamo Anouk, me llamo María! —exclamó indignada la sobrina de Sofie, que en ese momento llegaba con tres cojines bajo el brazo después de haber saqueado el sofá.

Mientras Sofie trasteaba en la cocina, Franziska cogió el correo del centro de la mesa y fue pasando las cartas una a una. Se detuvo con un sobre en la mano.

—¿La oficina de empleo? —preguntó en dirección a Sofie—. ¿Qué quieren?

—Prefiero no saberlo. No dejan de enviarme ofertas de trabajo, pero aún no estoy lista.

Franziska se encogió de hombros y lo abrió. Es propio de las hermanas pequeñas hacer cosas que las mayores les tienen prohibidas. Ya había leído lo principal cuando Sofie

regresó con un plato con una manzana partida en cuartos y un plátano.

—¡Dame eso! —le exigió, antes de arrebatarse el papel de las manos—. También en la familia existe el derecho a la privacidad.

—Alégrate de que lo haya visto. Se avecinan problemas en el horizonte.

«Como si no tuviera bastantes ya», pensó Sofie mientras se sentaba.

—¿Por qué?

—Dicen que, desde el vencimiento de tu contrato anterior, o sea, hace tres meses, te han enviado varias ofertas de empleo, pero no te has presentado a ninguna ni has buscado otra cosa. Si no te dejas caer por las oficinas y te pones a trabajar en algún lado, te van a recortar las prestaciones. No será hoy ni mañana, pero será pronto. Incluyen una lista. —Franziska se la pasó.

—¿Encargada del guardarropa en el auditorio? —Sofie soltó una carcajada seca—. Claro.

—Hay más cosas.

Sofie leyó en voz alta:

—Dependiente en la tienda de comida para mascotas; recepcionista de noche en el Hotel Münsterplatz; ayudante de panadero. Bueno, al menos la panadería está a la vuelta de la esquina. —Arrojó la hoja sobre la mesa—. Que me dejen en paz.

—Hermanita, ¡te van a reducir el paro!

Florian entró y se inclinó hacia su mujer para susurrarle algo al oído.

—¿Podemos hablar ahora? Tengo una cita en la ciudad, pero no quiero irme sin haber aclarado las cosas.

Sofie volvió a agarrar la lista.

—Lo siento, pero tengo que ir a una entrevista de trabajo. Si no, me van a recortar el paro.

Franziska arqueó las cejas, pero no dijo nada.

Debajo de la mesa, asomó la cabeza de Anouk.

—He despanzurrado un cojín, necesitaba el relleno. ¡Un montón de paja para el niño Jesús! ¿Queréis verlo?

SOFIE RECORRIÓ UNOS cien metros por la calle Beller, tomó el sendero que avanzaba entre los jardines traseros de las viviendas unifamiliares, giró a la derecha y a pocos metros se encontró con una fila a la puerta de la panadería Johannes Pape e hijo. Eran solo cuatro personas, pero en un pueblo aquello ya se consideraba fila.

La pintura de las letras que caracoleaban en la fachada se estaba descascarillando en varios lugares. A la izquierda de la puerta colgaba una vieja máquina expendedora de chucherías, y el cartelito detrás del cristal, con su promesa de delicias maravillosas, se había tornado amarillento; las bolas mágicas que cambiaban de color y sabor al chuparlas hacía tiempo que habían perdido su color, y el pomo giratorio estaba oxidado y no parecía tener solución.

Los dos grandes escaparates a la derecha de la puerta estaban vacíos, tras ellos no se veía ningún expositor de panes dorados, ni adornos de temporada con flores y hojas verdes, ni carteles que anunciaran ofertas o especialidades de la casa. A través del cristal solo se advertía el mostrador y las mercancías ordenadas en diferentes estanterías de madera.

Sofie se puso a la cola y notó las miradas curiosas de los demás clientes. Al parecer se conocían entre ellos, pero ella era una desconocida. No pertenecía a la hermandad de los compradores de pan que acudían a aquella hora.

Observó extrañada cómo charlaban unos con otros hasta llegar a la puerta, pero, en cuanto traspasaban el umbral, cerraban la boca. En el interior de la panadería reinaba un ambiente lúgubre que le recordó a la consulta del dentista. Aquella impresión quedó reforzada por el suelo de linóleo marrón y las paredes alicatadas hasta el techo con azulejos color beis. Todo el mobiliario era de madera oscura y sin vida, a excepción de un refrigerador blanco en el que se encontraban unos pocos cartones de leche, varios paquetes de queso, nata montada y huevos.

Pero Sofie apenas se fijó en todo aquello, porque tras el mostrador se encontraba la mujer más antipática que había visto en su vida. Llevaba un mandil con un estampado de flores desvaído, muy tirante. Igual de tirante que el cabello gris recogido en una especie de moño. Su mirada transmitía el deseo de que se marcharan todos de allí.

—¡Siguiente! —ordenó en tono marcial.

Delante de Sofie le tocaba a una joven que llevaba de la mano a un niño de unos diez años. Parecía nervioso.

—Dos barras, por favor, un pan mezcla de trigo y centeno en rebanadas y cuatro panecillos —pidió la mujer.

El niño tironeó de la manga de la madre.

—Mamá —susurró—, ¿puedo una piruleta de cereza?

Ella se inclinó hacia él.

—Si se lo pides amablemente a la señora, a lo mejor te da una.

—Pues no —respondió la dependienta de malos modos—. No somos hermanitas de la caridad y no regalamos nada. Compre un *muffin* para niños, que llevan una piruleta incorporada. No son tan caros.

—Tampoco hace falta decirlo en ese tono.

—El mensaje es el mismo. Entonces, ¿le pongo un *muffin*?

La madre respiró hondo.

—Sí.

Después de cobrar, la dependienta volvió a decir:

—¡Siguiente!

Sofie esbozó una sonrisa.

—Vengo por la oferta de trabajo. La oficina de empleo me ha...

—Vaya, otra igual.

—No he traído ningún documento, primero quería...

—Es ahí atrás —respondió la señora—. El panadero se encarga. —Señaló hacia un pasillo estrecho, sin puerta.

—¿Puedo pasar?

—Si le interesa el trabajo, más le vale no quedarse ahí como un pasmarote. ¡Siguiente!

Sofie se dirigió al otro lado del mostrador, esperó a que la dependienta la dejara pasar con un gruñido despectivo y recorrió el oscuro pasillo de techo bajo hacia la claridad del obrador.

Lo primero que le llamó la atención fue un perro salchicha con el pelo ligeramente canoso alrededor de los belfos. Dormía junto al horno caliente, estirado a lo largo como si buscara el contacto con todo su cuerpo. ¿Estaban permitidos los perros en un obrador de panadería? ¿Las autoridades sanitarias no tendrían algo en contra? El animal no parecía preocupado por eso en absoluto.

Luego vio la gran radio de tubo sobre el alféizar de la que salía música popular.

El panadero estaba sacando una bandeja de panecillos del horno. Le calculó unos cincuenta y pocos años, y se notaba que realizaba un gran trabajo físico. Las manos y los brazos tenían un aspecto fuerte, aunque no era el típico musculoso de gimnasio. Era algo más alto que Florian y,

con su aire sureño, no poco atractivo. Su piel parecía revelar que había pasado mucho tiempo al sol, aunque ese año apenas se hubiera asomado entre las nubes. Sobre sus oscuros cabellos llevaba una boina, por lo que Sofie lo saludó a la francesa.

—*Bonjour*, me llamo Sofie Eichner y vengo por la oferta de empleo.

El panadero se limitó a asentir con la cabeza, colocó la bandeja en un carrito de metal con baldas, contempló los panecillos con atención y, tras lanzar una mirada a Sofie, eligió uno con la corteza un poco más oscura. Se había tostado en exceso. Se lo ofreció.

—¡A probar!

—Pero no tengo...

—Hay que probar.

—Todavía está muy caliente. —Sofie se lo pasó de una mano a otra para que el calor no se volviera insoportable.

El panadero la miraba expectante.

Sofie llevaba muchos años sin comer ni pan ni panecillos. Los hidratos de carbono, en especial la harina refinada, no estaban hechos para el cuerpo de una bailarina. Pero como el panadero no dejaba de mirarla a la espera de su reacción, tomó un pellizco rápido y se lo metió en la boca, con la intención de tragarlo de golpe y terminar con aquella escena absurda.

Sin embargo, no le quedó más remedio que masticarlo y, de pronto, se encontró con un sabor que la conmovió de forma especial. Como si aquel panecillo hubiera sido horneado solo para ella. Lo cual, por supuesto, era completamente inverosímil.

—¿Me tengo que comer también la miga? —preguntó Sofie.

El panadero negó con la cabeza.

—Ahora toca amasar.

Le sorprendió que, a pesar de la boina, no tuviera acento francés, sino italiano.

Sofie dejó el panecillo sobre un enorme saco de harina.

—Pero yo había venido por el puesto en la tienda.

—¿Y dónde ponía que estoy buscando a alguien para vender pan?

En ningún sitio.

Le señaló la gran mesa de metal espolvoreada con harina en el centro de la estancia, sacó una gran bola de masa de un cubo de plástico y la colocó encima.

—A amasar.

Sofie nunca cocinaba ni hacía repostería. Llevaba la mayor parte de su vida alimentándose de *crudités* y proteína.

—Pero yo quería trabajar de cara al público...

—De eso ya se encarga Elsa. —Señaló con ambas manos hacia la masa, como si fuera parte de un truco de magia.

—No sé cómo se hace —dijo Sofie.

—No importa. Si sabe escuchar, la masa se lo dirá.

Sofie se quedó con la boca abierta. ¿Qué tipo de entrevista de trabajo era aquella? ¿Era aquel hombre un panadero normal?

El hombre acarició con ternura la masa, como si quisiera tranquilizarla por lo que le esperaba: que las manos de Sofie la manosearan de mala manera. Luego levantó la vista.

—Es una buena masa.

Sofie miró hacia la puerta de salida. Podría marcharse y acabar con aquella locura. En la oficina de empleo diría que la entrevista había salido mal. Con eso bastaría, ¿no?

Dio un paso hacia la puerta.

—Disculpe, creo que esto ha sido un gran malenten...

—La masa está esperando —la interrumpió el panadero, antes de volverse hacia el horno, del que sacó otra bandeja de aluminio.

Sofie miró a la masa, que esperaba. Sintió que tenía que amasarla si no quería hacerle daño. ¡Aquello era totalmente ridículo!

Pero el panadero estaba ocupado con otras cosas. Y la masa seguía esperando.

Sofie se acercó a la mesa.

—Fuera la alianza, luego a lavarse las manos —le ordenó el panadero sin mirarla—. Y bien aclaradas, para que la masa no sepa a jabón. Eso no le gusta nada.

Si ella fuera masa, tampoco le gustaría, pensó Sofie. Bien, no le quedaba otra. Amasaría rápido y se haría la tonta, lo cual no le costaría nada, y con eso se habría acabado la entrevista. Así podría decir oficialmente que lo había intentado y la oficina de empleo la dejaría tranquila una temporada.

Le resultó raro quitarse la alianza, pero en cierto modo también liberador. Como si con eso se desprendiera también de todas las discusiones con Florian. Después de lavarse las manos y aclararse bien, volvió a la mesa. Respiró hondo y tocó tentativamente la masa. Era una sensación placentera. Tan... esponjosa. Al hundir los dedos un poco más en ella, cedía de buen grado y no se pegaba. Usó la base de las manos para aplanarla contra la mesa. Lo había visto una vez en un programa de la tele, pero no tenía ni idea de si era la forma correcta de hacerlo.

La masa seguía sin decirle nada.

Así que se puso a amasarla como le pareció. Se sentía a gusto. Por un momento, incluso se olvidó de lo extraño de la situación y no pensó en nada. Y aquello le hizo bien.

Se sobresaltó cuando el panadero apareció a su lado.

—Es suficiente. Si no, se va todo el aire.

—Lo siento. Ya le he dicho que no sé hacer esto.

El panadero tomó la masa y le dio forma de rollo en un santiamén.

—Puede empezar a trabajar aquí.

—¿Qué? Pero si no tengo ni idea.

—Tiene mucho ritmo. Y a la masa le gusta el ritmo.

Sofie lo miró atónita.

—¿Acaso sabe usted quién soy?

El panadero se rio de buen humor.

—¡Mi nueva ayudante! Empezamos a las cuatro de la mañana y terminamos a las once. —Volvió al horno—. Puede llevarse un par de panecillos. *Arrivederci*.

El perro salchicha abrió los ojos cansados, miró a Sofie y ladeó la cabeza. Pareció satisfecho con lo que veía, porque volvió a cerrarlos y se giró perezoso hacia el costado para ofrecer su panza al calor del horno.

Sofie decidió mirar en internet cuántos días había que permanecer en un trabajo para tener derecho a recibir la prestación del paro a largo plazo. Con toda seguridad, no serían más de tres.

—¿Cuándo empiezo? ¿A primeros de mes?

—Mañana —respondió el panadero—. Mañana es siempre el mejor día.